



Barbarroja, el pirata del Mediterráneo

Rafael Algarra

Caligraf
Novela histórica

Barbarroja, el pirata del Mediterráneo

Rafael Algarra

Edicions Cal·lígraf
Figueres, 2017

Primera edición —
septiembre 2017

Esta obra ha recibido una ayuda
a la edición del Ministerio
de Educación, Cultura y Deporte.



Publicación

Edicions Cal·lígraf, SL
Monturiol, 2, 1er 1a
17600 Figueres
Tel. (0034) 615 261 764
www.edicionscalligraf.com
info@edicionscalligraf.com

Diseño de la colección

y maquetación

Jaime Vicente

Corrección

Eva Muñoz

Imagen de cubierta

Daniel Torrent

Impresión

DC PLUS, Serveis Editorials

ISBN

978-84-947598-0-2

Depósito legal

GI-1244-2017

© del texto

Rafael Algarra

© de esta edición

Edicions Cal·lígraf, SL

*Queda rigurosamente prohibida,
sin la autorización por escrito
de los titulares del copyright,
la reproducción parcial o total
de esta obra por cualquier medio
o procedimiento, incluyendo
la reprografía y el tratamiento
informático. Las infracciones
de estos derechos están
sometidas a las sanciones
establecidas en las leyes.*

Barbarroja, el pirata del Mediterráneo

Aquella recalma dejó la nave de La Caballería con las velas deshinchadas y a la deriva. A bordo, los soldados del Gran Capitán permanecían en los sollados, tumbados en el suelo y mareados como sopas, incapaces de sobreponerse a tres días de duro temporal. El acre olor a orines, a vómitos, a excrementos humanos y de caballo convertía la atmósfera bajo cubierta en irrespirable. Quienes podían levantarse y caminar, salían al exterior a respirar el aire refrescante de la mar. Pero aquella recalma se prolongó convirtiéndose en una calma densa, que mantenía la nave dormida sobre una mar aceitosa, transparente hasta abismarse en las profundidades azul turquesa. El trapo lacio de la vela concentraba la mirada del Genovés, quien sin exteriorizar ningún comentario, por ser un hombre reservado y taciturno, murmuraba para sus adentros una salmodia de blasfemias que hacía crujir al firmamento. Su rostro picado de viruela, su narizón enrojecido, grueso y surcado de cicatrices le daban un aspecto ordinario, de

borracho empedernido. El carpintero de a bordo, apodado el Virutas, que era un hombre de fe algo supersticioso, le había advertido en más de una ocasión que no provocara a Dios con sus blasfemias. Atribuía a su patrón todos los males del barco y los cambios de viento. Le culpaba, sobre todo en aquella ocasión, del temporal de levante con el que casi se van a pique, dejando el barco malparado con la cubierta descuajaringada. Le había advertido que al forro del casco se le estaba resecaando la estopada y después del temporal aún estaba en peor estado. Sobre todo, la que formaba parte de la obra viva, bajo la línea de flotación, donde había una vía de agua alarmante en las sentinas.

Diez marineros debían turnarse a guardias de mar para darle a las bombas de achique si no querían que el barco zozobrara. Cargados como iban, con trescientos soldados a bordo y sus respectivas impedimentas, además de pesadas piezas de artillería con munición de piedra, bombardas, arcabuces, armaduras, alabardas, espadas y demás armas blancas, era imposible que el barco aguantara a flote. Todo aquel lastre era excesivo para un buque tan viejo, con un casco al que se le había resecaado la brea de las ensambladuras y construido con la peor madera de saldo que habían encontrado en los astilleros.

Al viejo patrón, un esclavón enrolado a la fuerza en el puerto de Génova, de quien se decía que era un infiel converso con más conchas que un galápago, le alegraba la situación en lugar de abatirle. Alimentaba un odio insano contra los españoles, a quienes consideraba un pueblo represor. Aquellos nobles orgullosos que

le habían mirado por encima del hombro antes de iniciarse la travesía, ahora le exigían que arribara lo antes posible a un puerto de fortuna para aliviarse del mareo.

—Aún nos faltan ciento veinte millas para arribar a Capri —comentó el condesito, señalando un promontorio que emergía en el horizonte.

—Aquella isla que veis, mi señor, no es Capri sino Lípari. Y allá al fondo está el estrecho de Mesina, entre Sicilia y el continente italiano...

—No me confundas con tantos pormenores y dime: ¿cuándo llegaremos a Nápoles? —le pidió, más que preguntarle, el condesito, don Hugo Centeno.

El arrogante noble se reprimía unas ganas irresistibles de vomitar por la borda, pero su orgullo lo mantenía firme en demostrar que no estaba mareado. Sobre todo, delante de aquel zafio marino que lo único que pretendía era mofarse de él. Aunque lo cierto era que estaba hecho polvo desde que se había iniciado el viaje al salir de entre puntas del puerto de Barcelona, y no había dejado de cambiar la papilla a intervalos de escasamente unas horas.

—Mi señor, ¿queréis un remedio infalible para combatir el mareo? —le ofreció el Genovés en tono veladamente irónico, tratando de burlarse de aquel noble engreído.

—¡Necio rufián! ¡Patán atrevido! ¿En qué te basas para creer que estoy mareado? ¿Acaso hago arcadas y tengo la tez de color verde limón para que puedas atribuirme tal flaqueza? El hijo de don Hugo Centeno no se marea ni se mareará nunca, ¿entendés? ¡Borracho de arrabal! ¡Rata de sentina!

El Genovés asintió con un gesto socarrón, sin ofenderse por la sarta de insultos de don Hugo, y trató de entretenerlo para que si al condesito le apremiaba aliviarse por la borda, no le quedara más remedio que hacerlo delante de él. Como viejo marino que era, la experiencia le decía que aquel pretencioso no tardaría en derrumbarse y le faltaría poco para correr a apoyarse en la regala y vomitar. Su boquita de piñón, ese sudor frío perlado en su frente y la palidez cerúlea de su cara no ofrecían dudas sobre su estado.

El noble de la casa de Centeno, un capitán de la tropa de don Gonzalo Fernández de Córdoba, mantenía el tipo paseándose por cubierta. En ningún caso se atrevía a bajar a los sollados para levantar la moral de sus hombres, que convivían con sus malolientes caballos, pues temía sucumbir al mareo como ellos.

Don Hugo hizo ademán de retirarse del tendal de popa, donde gobernaba el barco el patrón genovés.

—Mi señor, fijaos en el horizonte —señaló el pérfido esclavón, tratando de retenerlo.

Pero don Hugo ni miró, ni perdió un segundo, y corrió hacia el castillo de proa cubriéndose la boca con un pañuelo de seda roja que en aquellos instantes iba perdiendo su color. Se asomó por la amura y apoyado en la regala, vació lo poco que le quedaba en el estómago. Haciendo tan ruidosas arcadas que el patrón genovés las celebró carcajeándose abiertamente, sin molestarse siquiera en disimular.

—¿Os encontráis bien, mi señor? —preguntó desde popa, con retintín.

Don Hugo gruñó indignado y se retiró a sus aposentos, reprimiendo su vergüenza.

Corrían por cubierta hacia popa el contraamaestre y el carpintero, para comunicar a su patrón que los forros del casco se estaban abriendo de forma alarmante.

—Mala madera. Este maldito temporal nos ha jodido la tablazón —renegó el Genovés—. ¡Virutas!, métele más estopada y brea.

—¿Estopada? Cabe el puño en cada ensambladura. El forro de este barco es una parrilla y no un casco.

—¡Cago en diola!, que no haya viaje que no nos pase algo —renegó el contraamaestre.

—Nostramo, envía más gente a achicar, que doblen las guardias.

La nave de La Caballería iba dejando en su estela agua de letrinas. Era un cajón fétido sobre la mar aceitosa con destino al puerto de Nápoles, adonde transportaba refuerzos para el Gran Capitán. En lo más recóndito de sus bodegas, almacenaba cofres rebosantes de joyas y ducados de oro de valor incalculable para financiar la guerra contra los franceses. Los bolsillos sin fondo de don Gonzalo podían devorar todo el oro de las Indias, sin llegar a saciarse jamás.

Don Hugo de Centeno y don Francisco Azcárate salieron a cubierta a tomar el aire.

—Señorías, deberíamos aligerar la carga o de lo contrario nos hundiremos —les advirtió el Genovés al verlos—. Habría que arrojar a la mar los arcones del plan de la bodega.

—¿Los arcones de su Majestad?, ¡estás loco! — se indignó don Hugo—. ¿Tú sabes la fortuna que llevamos en ellos?

El astuto Genovés abrió un ojo descomunal, hasta entonces ignorante del contenido de aquella carga, que habían embarcado en Barcelona de noche y con tanto sigilo. Aunque suponía que era valiosa, a juzgar por las precauciones que habían tomado al embarcarla y que siempre estaba vigilada por dos soldados, en aquel momento confirmó sus sospechas de que llevaban un tesoro a bordo.

—Entonces, deberemos largar los cañones. Hay que aligerar el lastre o nos iremos a pique. Mis señores, los hombres están extenuados de tanto achicar con las bombas y cada vez hacemos más agua en las sentinas.

—Que los soldados ayuden a achicar con baldes —ordenó don Hugo.

Don Francisco Azcárate soltó una carcajada que reavivó su aspecto sanguíneo. Tratábase de un glotón y un fornicador, que en aquel momento de hilaridad, después de tantos días de andar a la deriva mareado como una sopa, se recuperaba gracias a que la mar estaba en calma.

—Los soldados... —dijo en tono despectivo— en estos momentos no valen ni para tomar por el culo. Si tuvieran que empuñar las armas perderíamos la guerra. Como se os ocurra hacerles bajar a las sentinas a achicar, nos hundiremos antes de que ellos se den cuenta. Nuestros hombres están como para tirarlos por la borda, amigo Hugo.

—Trescientos hombres amontonados en una cá-

mara sin ventilación y con bestias conviviendo con ellos; ¡es imposible que no se mareen! —les justificó don Hugo, que se solidarizaba con ellos porque también había pasado por el mal trance.

El Genovés miró hacia el penol del mástil, al notar que una ligera brisa hinchaba la vela mayor.

—¡Viento!, entra viento —dijo entusiasmado—. ¡Estamos navegando!

Pero de nuevo el trapo quedó lacio, deteniéndose la nave atrapada en la mar en calma. Las ocres costas de Sicilia se recortaban en la misma confluencia del estrecho de Mesina. La inmovilidad de La Caballería había convertido la nave en un islote más de aquella costa árida. A bordo escaseaba el agua y los caballos relinchaban protestando de sed. Los hombres se estaban deshidratando y ya se empezaban a dar los primeros casos de diarrea. Los alimentos frescos se corrompían a causa del calor. La situación empezaba a ser alarmante. Sobre todo, a causa de las numerosas vías de agua que no había forma de cortar.

Después de muchas deliberaciones y gracias a la pericia del patrón genovés, decidieron colocar bajo la línea de flotación un pallette de lona a lo largo y ancho del barco. Pero estaban ocupados en esta operación, cuando el serviola gritó desde la cofa, anunciando la presencia de tres galeras turcas.

Los soldados de Centeno y Azcárate salieron de los sollados. Mientras con una mano sujetaban los arcabuces, con la otra se subían las calzas. Su aspecto macilento y extenuado hacía sospechar que no podrían combatir contra el enemigo.

Los artilleros emplazaron con dificultad los cañones en la tamboreta de proa. A ambas bandas, sobre cubierta, asomaban las bocas de fuego por las troneras.

El patrón genovés, un renegado turco que había servido como corsario en la flota genovesa, de donde había tomado su apodo, sintió una emoción nostálgica al oír que anunciaban la presencia de tres galeras turcas. La proximidad de sus paisanos y el recuerdo de su patria, casi olvidada, resucitaron en su memoria sentimientos contradictorios; a pesar de que era un hombre embrutecido por el alcohol, que se había olvidado de cumplir con los preceptos del Corán y las costumbres de su pueblo.

Al contrario que el Genovés, el resto de la tripulación y los soldados corrían asustados por cubierta, preparándose para repeler el ataque de los corsarios. La fama de un terrible pirata otomano que navegaba por aquellas aguas había corrido de boca en boca a lo largo de todos los pueblos de la costa mediterránea.

—Señorías —advirtió el Genovés a sus amos—, quizá se trate de las galeras de Oruch.

—¿Oruch? —se extrañó don Hugo, observando con el catalejo hacia las tres naves.

—Sí, su señoría, baba Oruch, Barbarroja —le aclaró el Genovés con intencionada malicia.

—¡Por los clavos de Cristo! ¡El diablo en persona! —se alarmó el noble—. ¡A los cañones! No hay que dejar que se nos acerque. Si los hombres de Barbarroja logran aborarnos, estamos perdidos. En el lamentable estado que se encuentran nuestros solda-

dos no podremos combatir con esos salvajes. En tierra me gustaría enfrentarme a ellos, pero no aquí, en esta tumba flotante que ya apesta a muerto.

El Genovés fingió solidarizarse con las tribulaciones de don Hugo, aunque en su interior no cupiera de gozo al imaginarse a los hombres de Barbarroja a bordo de su barco; a pesar de que no estaba convencido del éxito en el abordaje de su paisano turco, a quien le iba a ser difícil enfrentarse a trescientos soldados y cuarenta piezas de artillería, con escasamente cien hombres y una veintena de cañones.

Oruch trató de aproximarse con su galera a la nave cristiana. Mientras, Jaradín y Diraz Guz, con sus respectivas galeras, se situaban en una maniobra envolvente, cerrando la proa y la popa de la pretendida presa.

La artillería del Gran Capitán disparó dos andanadas, errando el tiro; yendo a caer las balas a muchos metros de distancia de las naves enemigas.

Las tres galeras de Barbarroja se mantenían fuera del alcance de la artillería enemiga, pero sin dejar de acechar a su pretendida víctima, como tres aves de presa. Los galeotes bogaban y alzaban los remos a la orden de su arráez, con continuas interrupciones intencionadas, para no aproximarse al fuego de los cañones de La Caballería.

Una brisa suave hinchaba apenas el trapo de la nave cristiana, que permanecía inmóvil, acechada a distancia por las tres galeras piratas. Al no tener más medio para desplazarse que las velas y carecer de re-

mos, estaba a merced de los cambios de intensidad del viento para poder maniobrar.

La noche se les echaba encima. Poniente presagiaba una mar en calma, sin viento de tierra, rielada por senderos anaranjados. Algunos pasajeros de La Caballería, en su mayoría familiares de nobles afincados en Nápoles, ignorantes de quién les amenazaba, contemplaban la puesta de sol y señalaban con curiosidad hacia las naves de Barbarroja. Las tallas arabescas de sus rodas llamaban la atención de las damas, asombradas de que un barco pudiera tener adornos tan bellos. Saludaban a los piratas desde la borda y éstos les correspondían agitando sus alfanjes. Su exótico atuendo de turbantes de colores vivos con penachos de plumas, sus chalecos rojos y sus rostros bronceados, despertaban la curiosidad de las damas más jóvenes, que reían con coquetos remilgos.

—¡No se asomen por la borda! Que no las vean, mis señoras —les ordenó el capitán, don Diego, con voz de trueno—. ¡Malditas mujeres! —renegó una vez se hubieron retirado a sus aposentos en popa—. En cuanto las hayan visto, se estarán relamiendo para llevárselas como carne para sus harenes.

—¡Genovés!, que doblen la guardia durante la noche y mantente alerta mientras gobiernas. Despierta a la gente en cuanto veas que arrumban hacia nosotros.

La noche de novilunio permitía que la oscuridad infinita mostrara miríadas de estrellas, sin apenas dejar traslucir la silueta de las tres galeras. Pedro del Castillo, hijo de un gentilhomme de Nápoles, se mantenía despierto, intuyéndolas como tres sombras

negras al acecho. En su interior presentía que un peligro inminente les amenazaba. Aquella quietud de las tres galeras y su insistente presencia, manteniéndose siempre a la misma distancia, le hizo temer que Barbarroja estaba decidido a no desistir hasta conseguir abordarles. Como un águila evolucionando, que se queda inmóvil en el cielo a punto de lanzarse sobre su presa, para clavarle sus garras y devorarla.

— ¡Ha del barco! —gritó el Genovés, en turco—. ¿Alguien habla mi lengua?

Kara Hasán, que estaba de guardia en la galera más próxima y por ser más joven e impulsivo, contestó a aquella voz, sorprendido de que le hablaran en lengua hermana desde un barco cristiano.

— ¿Qué haces tú, renegado, en un barco de infieles? —preguntó Hasán, dejando que sus palabras se perdieran en la oscuridad.

La noche era profunda y hermosa. Ideal para Sinán el Judío, que escrutaba el firmamento tratando de reconocer nuevos astros. Apenas se distinguía la luz del faro de la isla de Lípari y del cabo Milazzo, cuando las inquietas lucecitas de cientos de embarcaciones de pesca cerraban el estrecho de Messina.

— ¡Calla! —le ordenó Jaradín a Hasán, al sorprenderle hablando con un tripulante del buque cristiano—. No converses con alguien a quien pronto tendrás que matar.

Hasán se entristeció y obedeció a disgusto, pero la voz del Genovés insistió de nuevo.

— ¿Quién eres tú, renegado, que hablas como nosotros y sirves a los infieles? —le gritó Jaradín.

—Quizá un posible aliado, si puedo hablar con el gran murad rais.

—Con él estás hablando.

—¡Eres el mismísimo Barbarroja! —en el tono del Genovés se advirtió un trémula emoción.

—¡Y eso qué importa! Pero habla de una vez, renegado.

—Solo hablaré con baba Oruch.

Hubo un silencio. En la nave cristiana se oyeron voces que disputaban, entre las que destacaba la del patrón genovés y don Hugo de Centeno. Más tarde intervino la del capitán don Diego. Desde la galera de Jaradín no podían averiguar qué decían.

Empezaba a amanecer, y una brisa suave hinchó la vela de La Caballería.

Las galeras de Oruch reanudaron la boga, tratando de mantener la distancia de su presa y, sobre todo, no perderla de vista. Era un juego entre tres gatos y un ratón, cuyo objetivo consistía en esperar una distracción de éste para caer sobre él y devorarlo; aunque ese peculiar ratón tuviera trescientos dientes y cien bocas de fuego.

Tanto el capitán don Diego, como don Hugo, don Francisco y don Pedro acosaban al Genovés a preguntas. Le habían sorprendido mientras se comunicaba a voces con los corsarios, pero como les hablaba en turco, no pudieron entender lo que les decía.

—¿Qué quieren de nosotros, Genovés? ¿Por qué no se despegan de nuestra nave y no se deciden a atacarnos? —le preguntó don Diego.

El astuto renegado, tergiversó el diálogo con los

corsarios, fingiendo ser fiel al rey de España, y dijo que su intención era negociar con ellos y con el mismísimo Barbarroja para que les dejaran en paz y se alejaran de allí. Pero don Diego no se fiaba de aquel ladino genovés, a quien conocía desde hacía tiempo. Sabía que era un individuo ruin, capaz de venderse al diablo por un solo trago de aguardiente.

—¿Estás seguro de que en una de esas tres galeas va Barbarroja? —trató de ratificar el joven don Hugo.

—El mismísimo Satanás en persona. Si vuestras señoras supieran la clase de ralea que va en esos barcos, se estremecerían aterrorizadas y rezarían día y noche a nuestro Señor, rogando que se fueran —enfaticizó el Genovés, fingiendo estar preocupado.

—Que preparen dos cañones de largo alcance. Vamos a bombardearles con balas a la cadena —ordenó don Diego—. A ver si le arrancamos los cuernos a ese diablo.

La soldadesca deambulaba por cubierta como alma en pena. Abajo, en las sentinas, la marinería no dejaba de achicar con las bombas. La Caballería navegaba escorada, a apenas tres nudos, con el trapo de la vela mayor flácido.

—Apenas quisieran nos podrían dar alcance —advirtió el Genovés con un deje de satisfacción.

—Que lo intenten... Entonces sabrán esos infieles lo que son los soldados del Gran Capitán —baladronó don Diego.